

(50)

esto de un criado de mi tío, que habia llevado á esta familia una carta de parte de su amo, quien se lo habia confiado todo bajo el mas riguroso secreto. Si yo hubiese seguido mi primer movimiento, hubiera partido en aquel mismo instante para Liverpool; pero no podia arriesgarme á emprender solo este viage. Conocia demasiado la influencia que podia tener una recompensa de cien guineas, y de qué invenciones infernales mi padre y mi tío eran culpables.

=====

## CAPITULO IX.

=====

Al dia siguiente fuí con Eduardo á mis posesiones; y estando de acuerdo con él sobre todos nuestros planes, no quise dilatar mas mi partida para Liverpool. El camino me pareció muy largo; pero entretuve el fastidio, ocupándome del placer que iba á experimentar al ver una familia que yo miraba como á la mia, y que me hallaba en estado de arrancar al infortunio. Formé el proyecto de establecerme con ella en los desiertos del pais de Galles, y de respirar

allí un mismo aire con sus felices habitantes los hijos de la independencia.

Apenas habia puesto el pie en Liverpool, cuando empecé á hacer mis investigaciones. La pobreza de la familia de Hanson habia impedido que se la mirase con atencion para poder ser marcada como todas las personas de alta clase, y no pude adquirir ninguna noticia. Este nombre era desconocido en el correo, en todas las fondas y posadas, y no podia tener otro medio que la casualidad. Esperé al domingo con la mayor impaciencia, recorrí todas las iglesias; pero este medio no me proporcionó mas satisfaccion que los otros.

Al dia siguiente entré en todas las tiendas de modistas, de trages y de lienzo: se reian todos de mis preguntas, y ninguno me daba una respuesta satisfactoria. Yo me hallaba en esta perplejidad, cuando una mañana ví á un criado de Teodorico que atravesaba la calle; le seguí, tomando las precauciones necesarias para no ser visto; entró en una casa de tan miserable apariencia y en tal estado de ruina, que la habia tomado en mis reconocimientos por una caverna de ladrones: habiéndome ocultado en un rincon de esta casa, donde no habia puertas ni ventanas, y permanecido mas de media hora en esta posicion, le vi al fin salir y hablar á una persona que se que-

daba dentro , que lloraba , suplicaba , y cuya voz me pareció ser la de mistriss Hanson.

Mi primer movimiento fue el de correr á ella y volar hasta mi amada Elisa; pero la prudencia me contuvo: hice un esfuerzo sobre mí mismo, y esperé la salida del criado, que se retiró al instante con el aire imponente de un hombre encargado de una mision importante.

¡Tan cerca de mí Elisa!!!... temblaba presentarme á ella, y estuve vacilante mucho tiempo , hasta que por último toqué ligeramente á la puerta: mistriss Hanson abrió, y se retiró con una especie de espanto: mi nombre fue al momento repetido por sus hijas con exclamacio-

nes de sorpresa y de alegría: yo me eché á los pies de Elisa, yo suspiraba, yo lloraba, y pasaron muchos minutos antes que yo pudiese pronunciar una sola palabra.

Luego que pude recobrar me un poco, miré al rededor de mí, y me vi penetrado de dolor al ver la apariencia de miseria de que me veia rodeado. La voz de Mr. Hanson me sacó de aquella especie de sueño que me tenia abismado: pasé á la pieza donde estaba, y su vista hizo en mí el efecto de un puñal que se me hubiera sumergido en el pecho: la imágen de la muerte se presentaba en todas sus facciones: este hombre virtuoso estaba ya para sucumbir bajo el peso de su infortunio, y su

mayor tormento era la inquietud que le causaba la suerte de su familia cuando hubiese dejado de existir. Estaba sentado cuando yo entré en su cuarto; quiso levantarse, pero no tuvo fuerzas, y se contentó con tenderme la mano sonriéndose, para espresarme la satisfaccion que experimentaba de volver á verme. Mi corazon se irritó acordándome del autor de tantos sufrimientos, y maldije en este momento los vínculos de la sangre que me unian á él. Procuré reanimar el abatido espíritu de este desgraciado: le recordé la palabra que me habia dado, y le comuniqué el proyecto que yo tenia de vivir con ellos en un retiro.

«Estamos solos, Teodoro, me

dijo, y os diré el motivo de mis temores con la franqueza de un hombre próximo ya á dejar el laberinto de esta vida. Yo sé que el amor que teneis á mi hija es una consecuencia de la educacion que habeis recibido, y de los principios que yo mismo he sembrado en vuestro corazon: sois el heredero de una fortuna considerable; pero no habeis visto aun el mundo, y temo si consiento en vuestra union, que venga un tiempo en que os arrepintais de haberos resistido á la voluntad de vuestro padre, ó que os pese haber tomado una muger que no habrá llevado por dote mas que sus atractivos y la mas extrema pobreza.»

Yo combatia sus temores, y al

mismo tiempo insistia con todo el calor del sentimiento que me arrastraba hácia Elisa, para obligarle á consentir en mi dicha.

«El amor es mui elocuente, me respondió en un tono de calma: confieso veré con satisfaccion que mi hija os nombre su esposo; pero mi religion me prohíbe resolver en esto sin el consentimiento de vuestro padre.

— ¿Y podreis vos, exclamé yo, despues de todo lo que he sufrido, tener la crueldad de poner en sus manos mi felicidad?

— Aunque emancipado, me respondió, y libre de disponer de vuestra fortuna, vos no sois dueño aun de vuestra persona. Esperad á la edad de veinte y un años:

reconoced el mundo, y volved si vuestros sentimientos no se han mudado.

— No, no, mirad á lo que esponéis á vuestras hijas si las dejais al fallecer sin protector. ¿Qué significa la dilacion de algunos meses contra unas consideraciones tan poderosas?

— Moderaos, jóven: yo conozco mis deberes, y aunque duros de cumplir, no debo estraviarme de ellos: á mas de esto, vuestro enlace seria nulo ante las leyes.

— ¡Las leyes! esas no impiden que el hombre siga sus inclinaciones, ni hacen distincion de personas.»

Tal fue nuestra primera conversacion, y las que siguieron se

diferenciaron bien poco: siempre hallé en él la misma firmeza; pero tenia la felicidad de ver continuamente á Elisa, y soportaba mi mal con mas paciencia. No salia jamas de la casa; allí gozaba de una tranquilidad tan perfecta, que me lisongeaba de que la cólera de mi padre se habria disminuido, y que se habria determinado á permanecer espectador pasivo de mis acciones. Me engañé: estaba informado de todos mis movimientos; pero no queriendo obrar abiertamente por fuerza, escribió un dia á Mr. Hanson, mandándole imperiosamente que me privase de toda relacion con su casa, ó de lo contrario que temblase al considerar el castigo que le preparaba.

«¿Y vos obedecereis semejantes órdenes? exclamé yo. ¿Vos tambien, vos os hariais el cómplice de su tirania? Dadme vuestra hija y despreciad sus amenazas.

— Teodoro, vos me pedís un imposible. Vuestro padre sabe que estais aquí: vos no estais en la edad de poderos pasar sin su consentimiento. Un viage á Escocia es impracticable; y aunque yo me halle dispuesto á consentir en vuestra union, no veo ningun medio de efectuarlo.

— ¡Puedo yo ser mas desgraciado! exclamé lleno de dolor. ¿Es posible que en el momento que toco la felicidad, se desvanezca á mi vista como un sueño? Caro amigo, preceptor mio, amado padre,

¿quién os impide hacernos felices?  
¿Qué puede resultar? Los males  
que vuestra familia y yo hemos su-  
frido, ¿no justifican la temeridad  
de las medidas que podemos te-  
mer? ¡Ah! sí, el cielo sancionará  
una union de la que él mismo ha  
formado los primeros lazos: el  
cielo triunfará de la injusticia de  
los hombres.»

Hanson movió su cabeza, frun-  
ció los labios, dejó ver algunas  
lágrimas y cayó en una medita-  
cion profunda: con los ojos fijos  
en el suelo, sin pestañear, le veía  
yo vacilante y confuso sin pronun-  
ciar una sola palabra. Fuime cor-  
riendo á Elisa, la cogí una mano  
que llené de besos y de lágrimas.  
Ven, ven, Elisa mia, vamos á ser

esposos; si, hoy vamos á ser el u-  
no para el otro, ó nunca.» El mis-  
mo carmin la cubrió repentina-  
mente sus mejillas: Elisa quiso ha-  
blar: «Ven, amor mio, tu padre  
te espera. — ¡Mi padre!» Zozobro-  
sa y como asustada se dejó condu-  
cir á su cuarto, sostenida sobre el  
brazo de su madre.

«Aquí teneis, señor, en vues-  
tra presencia á vuestros hijos, es-  
clamé yo: pronunciad su felicidad  
ó su eterna separacion.

— No puedo ya resistir, dijo él  
suspirando: si hago mal, perdonad-  
me, Dios de misericordia, y tened  
piedad de la debilidad de un pa-  
dre que quiere poner al abrigo de  
los huracanes de la vida á uno de  
los seres que le habeis confiado.»

Mi espíritu se había calmado al oír esta invocación: enjuagué las lágrimas que derramaba Elisa, y nos dispusimos á la celebración de la ceremonia; pero no fue sin suspender el señor Hanson muchas veces la lectura de las oraciones del matrimonio: el anillo de su muger sirvió de arras; y de esta manera, la carta que había tenido por objeto romper el nudo que nos uniese, no tuvo otro efecto que el de estrecharle mas.

Al día siguiente dí una noticia exactamente detallada á Eduardo de lo que había pasado, suplicándole al mismo tiempo fuese al parage que yo le indicaba para acompañarnos al país de Gales. Aunque la salud del señor Hanson se dete-

rioraba mas y mas de día en día, tenía yo alguna esperanza de que el aire libre de las montañas y la tranquilidad de espíritu contribuirían á su restablecimiento.

Mi tío Teodorico no se había declarado jamás abiertamente contra mí; antes bien había enviado muchas veces algunos pequeños presentes á la familia Hanson, de lo que yo infería, que si no me trataba era por no indisponerse con mi padre. Por consecuencia, creí debía informarle de mi enlace, dándole gracias por los beneficios que me había dispensado en mi juventud; y de esta manera publiqué yo mismo lo que la prudencia exigía callase hasta mi mayor edad.



Mi primo se fue al parage señalado; y aun tuvo tal complacencia, que se informó del sitio que pudiese corresponder á mi gusto y acomodarse á mis rentas, y tomamos sin accidente alguno posesion de nuestra nueva residencia. Eduardo permaneció un mes con nosotros: gozamos durante este tiempo de la tranquilidad mas perfecta: yo le miraba como mi ángel tutelar, y hubiera querido detenerle mas tiempo en nuestra compañía; pero no quiso dilatar mas su partida, y me confesó que Sofía, una de las hermanas de Elisa, habia hecho tal impresion en su alma, que temia dejarla tomar demasiado imperio. Mi ejemplo le habia entusiasmado, pero no pensaba se-

guirle, porque miraba la conveniencia de condiciones, ó al menos de fortuna, como la circunstancia principal que debia consultarse tratando de contratar un enlace.

Me separé de este amigo sincero con el mayor sentimiento, pero me consolaba con la dulce compañía de mi amable Elisa. Me consideraba en la mas completa seguridad, y todos nuestros momentos de vacío los consagrabamos al dulce placer de formar proyectos para en adelante. Nos hallábamos en esta situacion, cuando mi tio Teodorico nos hizo una visita, causándonos gran sorpresa; me espresó su satisfaccion sobre el asilo que habia elegido, y despues de algunas ligeras demostraciones so-

bre la ostinacion de que me habia hecho culpable , declaró que Elisa era una buena disculpa , y que haria todos sus esfuerzos para reconciliarnos con mi padre.

Un favor tan inesperado nos llenó de alegría , y todos á porfía discurrimos los medios posibles de hacer grata á mi tio la estancia en nuestra pequeña habitacion. Yo no preveia apenas la horrorosa tempestad que se formaba sobre mi cabeza y que debia mui pronto reducirme á ceniza.

No hai cosa mas penetrante que el ojo del amor : yo creí notar que el aire de Elisa no era ya el mismo : en el momento en que se entregaba á su alegría natural , se detenía , y despedía un profundo sus-

piro: mas de una vez la habia yo sorprendido anegada en lágrimas en su cuarto, y ella lo atribuía , por disimular , á los temores que la inspiraba la salud de su padre; pero yo estaba poco satisfecho de esta razon , pareciéndome que su padre iba de mejor á mejor: temí no la hubiese agrada- do alguna cosa en mí , y se lo declaré al señor Hanson , suplicán- dole me aconsejase y me dijese su parecer.

«Teodoro, me dice , voi á despedazar tu corazon : mi hija , no pudiendo ya guardar silencio por mas tiempo , me ha suplicado te deseubra un misterio horroroso; y tú tienes necesidad de todo tu valor y talento para oír con serenidad lo que tengo que decirte. Tú